

posición de sus colores, que por efectuar una reflexión sobre el espacio y el tiempo contemporáneos. De igual manera, cuando Fernando Botero incursiona en la figuración, no lo hace con el sentimiento de desgarramiento o desolación de los artistas de la Nueva Figuración. Con ironía, explora unas figuras hieráticas y sensuales a la vez, aludiendo al ambiente parroquial de la sociedad colombiana de la época.

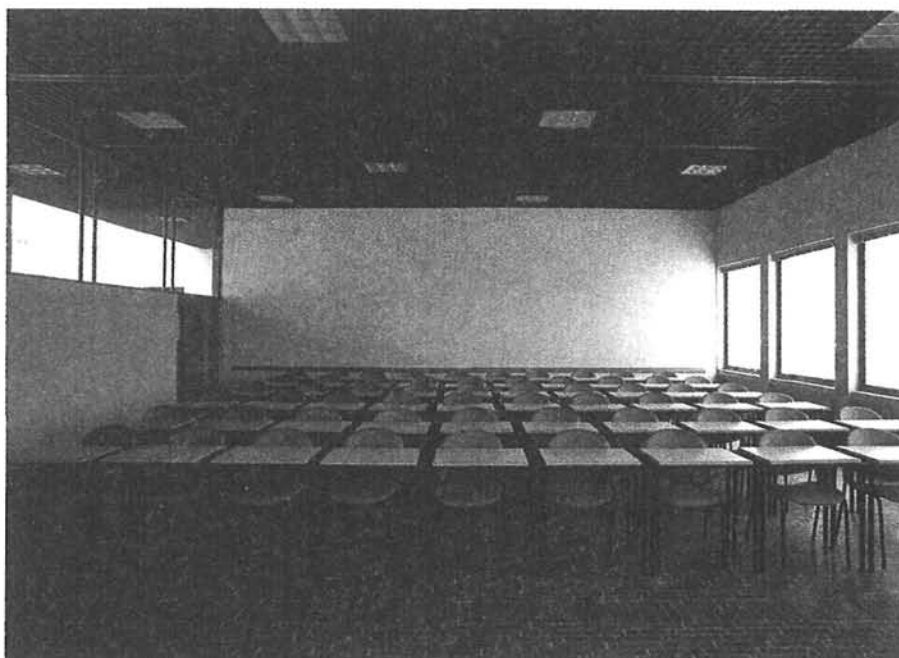
El lugar un tanto utópico que buscaron los europeos, podría estar en este territorio. Por eso nuestros artistas no debieron huir buscando el sol ni tomar contacto con las culturas que escapan al agobio de las sociedades industrializadas. En Colombia, la modernidad se instala en el territorio de la otredad, y en él confluyen lo propio y aquello que los artistas, —en un proceso inverso a los europeos— buscaron en el contacto con la cultura del Viejo Continente y de los Estados Unidos.

A nuestro continente no llega la modernidad cansada, con *spleen*, de Baudelaire, la cual «suele adoptar un aire de provocación, pero su reverso es la desesperación». En el pensamiento de ese poeta, lo nuevo «se le arrebató a la catástrofe, al desastre de mañana». Los creadores que consolidan su lenguaje en esta década creen en las posibilidades que ofrece la modernidad en los planos político, estético y tecnológico, pese a que su misma contraparte será la nueva modalidad de violencia que se instaure, a través de un capitalismo acelerado, que aumenta la pobreza y las desigualdades sociales y crea un incremento repentino de las ciudades, en virtud del desplazamiento de campesinos.

Edgar Negret y Eduardo Ramírez exaltan el progreso y la fuerza proveniente del material, propia del mundo moderno. No obstante, cuando su lenguaje llega a un momento de madurez, comienzan a indagar en el mundo precolombino y en elementos propios de las culturas americanas. La diferencia con la generación anterior estribaría en que el lenguaje y las preocupaciones plásticas no están dissociadas en el tiempo. Su propuesta es moderna en un sentido global y por ello quizá puedan crear una sintonía con el pensamiento del momento, y su trabajo recibe una buena difusión en los circuitos internacionales. Artistas como Negret, Ramírez Villamizar y Manzur reciben el Premio Guggenheim, y el Museo de Arte Moderno de Nueva York adquiere obras de Fernando Botero y Eduardo Ramírez Villamizar.

La que se desarrollará en los cincuenta será una modernidad tocada por el asombro. El asombro de poder pintar temas de corte expresionista bañados por una luz tropical, de componer bodegones cubistas con frutos nativos, de adentrarse en la abstracción a través del paisaje de los Andes y el Caribe, de retratar una sociedad en la cual se han sincretizado patrones

familiares y culturales propios de varias épocas. Se niega para afirmar y lo que este grupo de creadores comienza a proponer se nutre de las tendencias que predominan en los centros de arte, generando una peculiar hibridación al contacto con nuestra cultura. Las propuestas que plantean, así como su lenguaje, no se enraízan entonces, en la tradición local (nacionalismo, mitología) sino que toman elementos de la geografía, la fauna, la flora, la sociedad o el entorno urbano, para nombrar lo propio con un lenguaje que habría de renovar el contexto plástico.



Universidad Jorge Tadeo, Bogotá



Casa Horas Claras, Antioquia. Arquitecto: Luis Bernardo González